

Fragmentos de la novela *Los espejos de sal bajo la luna* (1972)

Autor: Cesáreo Rosa-Nieves

Nivel secundario

Editado por Dennis Villanueva Díaz

Sugerencias: Los siguientes fragmentos son útiles para planificar actividades dirigidas a la comprensión de lectura.

1. Analizar el contexto histórico en que se desarrolla la novela
2. Comparar y contrastar las situaciones planteadas por el autor en su época y la situación actual de nuestro país
3. Discutir los aspectos sociales, culturales, históricos y políticos que se plantean en la novela
4. Definir vocabulario nuevo
5. Identificar los recursos retóricos empleados por el autor

Fragmentos

Son los boricuas así: tímidos, callados cuando se les acerca alguien que no conocen bien; mas después, cuando están solos tornan a ser conversadores y dicharacheros. Por tanto, no son seres colectivos, sino de poca concurrencia. Pero cuando caen en su clima se expresan vivamente, como cuando esa matita verde renace de su apocamiento transitorio. Como el moriviví también nuestra gente se enoja con facilidad, pero les pasa pronto el coraje. Sus furias son lluvias suaves de verano, que duran apenas una mirada fugaz. Es que este pueblo ha vivido más de amores que de odios (pp.19-20).

--Escuche usted, don Tiburcio Carrasquillo. Llámeme usted coincidencias, hechicerías, o tragos, pero algo tiene que existir. Un día fui a ver una gitana famosa que leía la mano en Nueva York. Me pronosticó que en mi vida se presentaba un porvenir de dificultades tétricas, obstáculos que traía en la sangre desde mi raíz primigenia. Me reveló que me esperaban noticias lúgubres de mis antepasados, y que tal vez esas descendencias negras influirían en mi existir posterior si me flaqueaban las fuerzas. Al pagarle su trabajo, se puso de pie y me dijo con cariño: --¡Ánimo, joven, que tú puedes mejorar tu destino, con la voluntad de Dios! --Le di las gracias por el consejo tan cristiano. Después, he notado que cuantas empresas yo inicio se quedan trucas: en ocasiones por falta de voluntad mía. Cuatro o cinco amores tuve, y siempre se me presentaba otro contrincante más poderoso en el camino y lo perdía. Ahora comprendo lo que me dijo aquella adivina de los campamentos gitanos. Tendré que esforzarme con la voluntad para quitar esas piedras estorbadoras del sendero, y a eso he venido aquí, a buscar la felicidad en mi terruño (pp.22-23).

La fábrica la comenzó en pequeña escala una familia humilde de pescadores, pero como no contaba con capital suficiente para agrandarla y ante el desamparo de las ayudas bancarias y gubernamentales, decidieron venderla al mejor postor. Ahora pertenece a una firma norteamericana de esas que vienen a establecerse en Puerto Rico. El auge de este florecimiento de firmas foráneas en la isla se debe a que todas estas empresas gozan de exenciones contributivas en total, les construyen los edificios y les brindan facilidades sin par, además que los salarios de los obreros en la isla no son tan altos como en otros países. Una ventaja es esta para los extranjeros sobre los pocos inversionistas nativos, que están en precario, pues a ellos, por ser de aquí, se les cobra contribuciones con creces, y se les veda de otros beneficios que se han convertido en regalía para los que vienen de otros sitios. Este estado privilegiado para el capital forastero explica el

porqué vino esta gente a establecer el monopolio de la sal en la región del sur de la isla, ayudados hasta la saciedad por el Gobierno del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, que les estableció el negocio, les prestó el dinero a grandes plazos y en mínimos intereses, y se legisló para que pudieran llevarse del país las mejores tajadas de nuestra paupérrima existencia material (pp.25-26).

Usted sabe bien, que el boricua ejerce la hospitalidad hasta con el enemigo (p.22).

El boricua siempre pierde en su tierra (p.26).

Peo no llueve. Ha venido la noche y todo el mundo mira al cielo, como implorando que nos saque de este estado desastroso de sequía. El agua no nos quiere: ¡tanta que tiene el mar y tan salada! Un periódico de San Jun hablaba seriamente de un proyecto para bombardear químicamente, desde una nave aérea, las nubes, para obligarlas a producir lluvia. Pero el experimento no se realiza, mientras el pueblo se muere de sed. Las iniciativas en Puerto Rico van siempre muy lentas, a paso de tortuga. Cuando se mueren las personas es que empiezan a pensar que faltan ataúdes. El gobierno federal, que es nuestro único San Martín de Porres, mediante orden especial del presidente de Estados Unidos, ha clasificado a la parte austral de la isla en calidad de Zona de Desastre, y con este fin filantrópico se han asignado en el Congreso de esa nación grandes cantidades de dólares, para darle frente a la situación paupérrima de nuestra gente. La ciudadanía protesta y con razón, porque aquí, para mover cien pesos se gastan doscientos en oficinas administrativas de carácter politiquero. Nada, esto va de mal en peor. Por un lado la sequía y por otro los políticos de oficio, aprovechándose del trágico aspecto de esta castigada geografía. Este

pueblo se hunde, lo destruyen las malas mañas administrativas que van pasando subrepticamente de una mano a otra sin ninguna pulcritud (pp.31-32).

Se necesitan más escuelas, más iglesias, más hogares bien contruidos y menos profesionales del ideal libertario. La patria en este país se ha convertido en el presupuesto de los holgazanes y arribistas, tanto de los más humildes como de los más encopetados (p.32).

Vivimos de migajas yanquis, y lo más penoso del asunto es que esta es una encerrona económico-política sin posibles salidas. Los extranjeros mandan en nuestro hogar. Hasta las *posturas de gallina* nos vienen de otros lares. Con razón un humorista puertorriqueño señala con amarga ironía que “este es un pueblo sin huevos”. No hay caso, esta isla es ajena (p.33).

En nuestra isla, el prejuicio de raza en contra del negro es tan grande como en los Estados Unidos, pero se diferencia esta fobia de aquel país, en que aquí el asunto anda encubierto de hipocresía social (p.42).

Dice el jíbaro que en las manos de un pendejo siempre muere un guapo (p.45).

En Puerto Rico, los problemas más escabrosos e insolubles se solucionan terminando en fiestas. Este es un pueblo triste, que inventa el alborozo que no tiene, para enmascarar su pena íntima a base de jovialidad halagüeña: ¡lo artificial tapando las heridas! (p.50).

--La experiencia en estos casos nos dice, que una persona con su bagaje cultural y su personalidad hecha, que va a una nación extraña, tiende naturalmente bien a llenarse de localismos pintorescos de la lengua popular de ese pueblo. Pero cuando sale de ese ambiente interino y se ubica en su propia forma conversacional, se despoja de todos esos vocablos postizos y se sitúa en su propia zona lingüística, purificada de todas esas formas artificiales de la germanía (p.71).

Durante la época de las navidades y reyes en Puerto Rico se transforman las viejas nostalgias en alegrías, y sobre todo en los pueblos del interior de la isla, la tradición hispana está hondamente arraigada, con algunos leves cambios. Los hogares se rejuvenecen, y todo el mundo se da a las trullas aguinalderas de casa en casa, realizan *asaltos* a las residencias amigas, y se improvisan bailes y canciones. El seis se entona en décimas y coplas alusivas a los actos y circunstancias, y el transcurrir del tiempo se torna en una jovialidad eufórica y cordial:

Denme mi aguinaldo
que la noche avanza,
y después cantando
vamos a otra casa.

El comercio también se engalana de nuevos anuncios propios de la temporada y las vitrinas se colman de paisajes de Santa Claus y los Tres Reyes Magos, y de una variedad de dulces y regalos fantásticos. Durante esos dieciséis días de pleno jolgorio y algarabía es cuando más gasta la ciudadanía en fiestas y presentes. En esos momentos es que se ponen en contacto más íntimo

hombres y mujeres, y como resultado de esta circulación de simpatías, brotan de esas relaciones idilios amorosos como rosas de pascuas. El campo se mantiene verde, casi siempre intensamente verde y se puebla de margaritas silvestres, como si sobre la yerba cayera un aguacero de pétalos dorados (pp.81-82).

El aeropuerto es un hervidero heterogéneo de muchedumbre moviéndose constantemente de un lado a otro. Rostros de todas clases y edades, trajes policromos de variedad de modas nativas y extrañas. Este es un espectáculo único en Boriquén: ¡la vorágine en perpetua acción dinámica! Dentro de ese ambiente se siente uno como un ser internacional, se desaldea. Allí se mezclan las concurrencias de todos los países, las costumbres, las lenguas. En el siglo pasado el puerto de San Juan era el sitio clásico por donde entraba y salía la masa de la isla, ahora es el aeropuerto, puerta que se abre principalmente para la emigración del boricua hacia Miami y Nueva York. ¡Qué abejar humano! Se funde y se confunde uno dentro de ese río crecido de humanidad inquieta (p.82).

Cuando dos corazones coinciden en la afinación armónica de sus temperamentos, es fácil de continuar una honda y buena amistad (p.85).
